

Manuel Becerra Salazar
Canciones
para adolescentes
fumando en el claro
del bosque

CANCIONES
PARA ADOLESCENTES
FUMANDO EN EL CLARO
DEL BOSQUE

Premio Nacional de Poesía «Ramón López Velarde» 2010

Jurado

Miguel Covarrubias, Margarito Cuéllar, José Javier Villarreal

Manuel Becerra Salazar
CANCIONES
PARA ADOLESCENTES
FUMANDO EN EL CLARO
DEL BOSQUE

Área de Arte y Cultura
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ZACATECAS



México, 2011

Portada

TopTenTrío

Edición al cuidado de

María Isela Sánchez Valadez

Canciones

para adolescentes

fumando en el claro

del bosque

Primera edición, 2011

DR © Manuel Becerra Salazar

DR © Universidad Autónoma de Zacatecas

ISBN: 978-607-7678-63-2

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,
incluido el diseño tipográfico y de portada, por cualquier medio
electrónico o mecánico, sin la autorización por escrito
de la Universidad Autónoma de Zacatecas

Impreso y hecho en México *Printed and made in Mexico*

Para Daniela C
que vive a lo largo de este libro
mi animala terrible
centaura

I. Experiencia del desencanto

Una dulce nevada está cayendo
detrás de cada cosa.

Fina García Marruz

Para mi madre y sus hermanas

I

Nuestra madre, con lámpara en la mano, se abría entre las sombras más allá del límite del ojo. No era nada; detrás de la barda todo era voluntad del espanto. Son sus ojos, ahora, una linterna para abrirme paso entre la neblina:

Nos levantábamos apenas se dormían y buscábamos en el insomnio una conversación entre sombras.

Antes de que nos sorprendiera la linterna de nuestra madre para decirnos que esos momentos eran del sueño, hablábamos sobre los muertos que se dejaban venir de la carretera hasta la plazuela del pueblo. Después de eso, era menester volver a las sábanas y al infortunio de los ojos abiertos, detenidos en el techo, y al desvelo de los perros al paso de la ambulancia.

Nunca hubo lámpara alguna en la conversación con mis hermanas. Les adivinaba por momentos la gesticulación, hasta que las pupilas se iban acostumbrando a la penumbra.

El silbido del tren nos marcaba el paso del tiempo. A cierta hora, cambiaban las agujas en el muelle de Rubín y esperábamos a que, de una buena vez, los vagones se desviarán y fueran a caer en los desbarrancaderos.

Para la memoria, nuestra infancia sigue sucediendo en la noche.

II

Sólo los borrachos del pueblo se hacen de sus noches.

Llegan siempre en su reino de pobres, recargados en luminosas suripantas, si hay fortuna, desde la cantina del puerto, después de días. Tienen mala sangre; sin embargo, cuando abandonan la bebida se vuelven todavía más lastimeros. Después de tiempo, ya prestado el cuerpo al aguardiente, convulsionan en sus catres de príncipe. Tienen temperamento para aguantar la muerte. Mi padre era viejo, como antiguo era su crujir de huesos en la convulsión de la mañana. Ese gemir le venía de vidas pasadas. Del abuelo hasta nuestros días nos llegaba ese traqueteo de osamenta enferma, sin esperanza de muerte. Recuerdo su *algo estará pagando*, en palabras de mi madre.

Severo es el entrecejo del borracho que se ríe. Su vida sucede entre la miseria y el delirio de las copas de vitriolo. Con el paso de los años, el aguardiente ya no hace y se requiere de herrumbre, de cristal molido, de verdes botellas de perfume.

Para andar a tientas en la ebriedad, cada quien con su lámpara de alcohol.

En el tedio como en la fortuna los borrachos cantan. Se les desencaja la mandíbula apenas llega a posárseles en la garganta la *Paloma negra*. Y allí van, medio imbéciles, desangelados cruzando el pueblo.

Quizá su miseria sea lo que les dará el cielo algún día.

III

Un día nos amaneció nevando. Más que al paisaje nos dimos puras a las córneas y a esa liturgia natural. La maleza del patio se dejó vestir como de mármol. Fueron diamantes, en lo glaciario del día, los limones y la cárdena enramada del muro.

La caída de la nieve también sucedía en el temperamento de mi madre. Jamás incendio como ese hubo entre nosotras. Córneas donde jamás la luz ha hollado, hombres que se deslizan de la edad del aguardiente hacia el valle de los muertos, vida que pasa por estos lugares como cuerpos que se aman; todos éramos testigos:

jamás incendio como ese hubo entre nosotras.

Mi padre permanecía inmóvil y los rubios alacranes de las piedras y las flores de sombra, hasta que todo se detuvo y terminó. Fueron sólo unos segundos y cayó después la noche en los zarzales. Mi madre hablaba, cerca de las brasas, sobre el deshielo que vendría después. Y nosotras, mirando la incandescencia de los carbones que atormentaban sus ojos, seguíamos manteniendo la nieve a salvo en la memoria.

IV

Recuerda mi madre a la bruja que se andaba por las ramas. La esfera de fuego girando en la airada era lo que sus labios nos iban labrando en la memoria. La guarida entre las calles solas como fronda para las putas del pueblo y para las brujas era el aire y los maridos para tentarles las piernas por debajo de las sábanas. Tenían por amante a un caballero caprino, hasta que un día un extraño viento del norte les cerró las puertas del cielo, como ahora las vecinas y mi madre cierran ventanas y silencian las aldabas. Les mientan los borrachos la madre para ahuyentarlas en vano. Y ellas, ahí: bíblicas y suntuosas, de pie, pendulando en la punta de los oyameles.

Hubo noches en que soñaba una serpiente; se movía como una apacible ira entre la fruta, y tenía un cuerpo cambiante al paso de la granada, las legumbres calientes. Un crótalo: un tren a mis espaldas rebosa la comarca con su música de animal doloroso por los rieles. Su paso por Rubín, puntual, me trae de vuelta a la vigilia y me dice que es hora ya de una jornada nueva:

De los cañaverales, la neblina, llegarán los vagones de Xalapa y subirán conmigo los hombres hechos por el vidrio molido y por la greda, obreros ya sin madre y en silencio. Unos se desviarán a la ciudad para subirse a los andamios. Nos bajaremos antes otros: vamos a las oscuras plazas del mercado. Lavaremos la fruta, apartaremos la podredumbre de la juventud de los duraznos. Les pondremos un precio razonable con su antigua altura entre los árboles o al nacimiento bajo la tierra, como los muertos. Las verduras corrompidas poblarán la mañana siguiente

las banquetas de las residencias.

Y dame, mujer, más aguardiente de ese que se hila en los abismos de Perote, que no hay más suripantería que la de vivir en los brazos de la muerte, ahora que también de viejo, María, tengo pulmones para la lloradera, y para devolver el estómago tengo edad, *ya aprendieran los romanos.*

VII

Conocí a una mujer que dejaba de ser fantasma. Fluía como una oleada de sangre y se reencarnaba hermosa con el paso de las mañanas. Así fuimos dejando la memoria en el cuerpo del otro. Su casa se había pausado en el derrumbe: las puestas de sol inclinaban los muros de arcilla. La maleza fluía como las grietas de las paredes y subía por el pensamiento junto a la hiedra. La decoraban la niebla y la madre. El pueblo, *ese hermoso nido de víboras con el tiempo nos hará salvajes*, no era nuestro. Amé a esa mujer desde un principio y me la llevé de esa tierra enferma: yo tenía más de una muerte en la casa y ella lucía un vestido remendado y luminoso. Llevaba un collar de plata encantada y me miraba con unos ojos que ya conocían la nieve. La luna permanecía cerca de las piedras que se dejaban adelgazar por el río.

Marzo y retrato de mujer en el bosque

El rocío del alba y el viento del mar
existen sin que nadie lo demande.

G. SEFERIS

Marzo se mueve en estos días como otro idioma
para la sangre. Ha llenado el jardín
de salamandras: un larvario azul
alumbrando las piedras, gentilmente
tendido para la mirada.

Las buganvillas dan cálida lumbre al muro
y proveen de una lámpara al olfato.

El cielo, por su parte, con lámpara puntual
atempera la seda, la flora en los vestidos.

Tú en un retrato, dorada a los treinta,
traes a la habitación los perfumes del bosque
y empiezas a moverte por la pieza
con parsimonia de neblina
para después volver a recargarte
en el roble de la fotografía,
pues todo cursa a voluntad de nadie.

Cada elemento natural sucede.
Deja las cosas en su sitio, pienso,
rozando apenas todo con la palabra justa.
Cuidate de no pisar
el área de las flores del lenguaje,
el nacimiento de los jardines,
preso el rumbo de endrinos y abierto de violáceos;
y por la noche, la templada rosa
náutica que se trasmina en el cielo
y tiembla en estas aguas que respiran.

Canción western

Tom Waits, en una canción, lleva años regresando a casa montado en un poni. Algo de furor y rareza signa a estos caballos tristes y solares. Mi hija tiene uno. Le concede un nombre alusivo a su tamaño y deja su mano dorarse al pasarla por su lomo.

Deja la orilla de la aldea. Sobre el bulevar arden los cañaverales. En un lentísimo *slide* de guitarra cruza la comarca. Se traslada vertical del campo abierto al arbolado fluir de mi sangre. Nada florece sobre las baldosas porque no necesitan metáfora estos paseos. Sin embargo, atraviesa un campo de margaritas que arde como si cada margarita fuera un cráneo y crepitara bajo las pezuñas del caballo.

Empuña sin fuerza la brida y lo dirige hacia la infancia,
pasa por la belleza de los cuatro años y por la mirada
de los viejos. Al regresar cerramos la puerta tras
nosotros. Atamos el poni al amparo de la sombra y al
paso de los segundos él se hace parte de ella. Aún se
escucha a Tom Waits silbar en una canción

con el temple de los dos que van a dispararse en el
duelo.

Vida de la libélula

Está bien, las especies de la verdad son cosa difíciles de creer,
es probable que la invisibilidad y estos hechos
sólo guarden relación con una libélula.

JUAN CARLOS MESTRE

Hubo un tacto de relojero en la arquitectura
de la libélula,
un labrador de poliedros. Puesta en el dorso
de la mano
pone a reposar las mandíbulas. Como una pulsera
de pedrería
no arremete contra la ternura de la mano
asombrada.

Alguien piensa en el número 69 cuando la hembra se enlaza con el macho. Su apareamiento no es una nueva postura en el amor para el hombre. Se sostienen de la cópula más que de las ramas de algún almendro.

Antes que hadas, es común que los niños las confundan con caballos del diablo. Veloces heraldos como ideas para el paisaje.

Como en una mitología sus ninfas nacen del agua. A
ras del suelo, se les mira alterar la línea del horizonte.

Pueden suspenderse en el aire: son virtuosas en detener
el tiempo en los jardines.

Cuando tú me hablabas de la libélula, me decías:

Su caligrafía trazada en el aire no escribe palabras de
amor para los ojos de los muertos.

Un prendedor de libélula en el cabello de la selva para
ceñir el cuerpo de la tormenta.

(Gólgota)

Abrir un ataúd, desclavar las ceñidas tablas con manos
de pianista y hallar dentro, no sin asombro, en medio
de la ropa, entre anillos y metales, a la libélula inmóvil
en el pecho de los muertos, siendo una cruz de nervios
y de polvo, haciendo de cualquier cuerpo su Lugar de
la Calavera.

Concierto del bosque

Es un acto contra la muerte el de los niños bajando las empinadas del bosque. Este lugar arde, se cubre de aldeas y, por momentos, apresura la niebla. En su espesura reposa la sobriedad de un hombre afiebrado que sueña con baldes de agua. También en las verdes depresiones los aldeanos se aman a ojos de nadie.

Hay una aldea bajo las constelaciones y una mujer que a la orilla del río, lleva siglos, lavando la quietud del agua.

Hay también un arpista encargado del incendio de las veredas. Tiene a su cuidado la instrumentación de Sonatas de agua, Fados de transparencia y verano, Canciones para adolescentes fumando en el claro del bosque.

Bernardo Couto Castillo

Conocí a Bernardo en una cantina de la calle Bucareli. Portaba un rostro pálido y sus manos transparentes, casi de vidrio, apenas sostenían la copa de Cabernet. Usaba una leontina que no hallaba lugar en ningún bolsillo aterciopelado.

Su reloj marcaba la muerte de cada uno de los señores de su cuaderno.

Recuerdo grandes y pesadas campanadas. Supongo que era la medianoche y sin embargo no había ninguna iglesia cercana a nosotros. Nada cercano a Dios, me dijo Bernardo, a lo mucho una música de cuarteto.

La luz de neón pasaba a través de él como sucede con ciertos frutos en los jardines. Son atravesados por delgados espectros de luz. Tal es la uva, tal era Couto Castillo en los bares del Centro de México. La luz se pasea como una serpiente, me decía, atémosla a nuestro cuello como una pañoleta de plumas, pero desconfiemos de ella.

Sus ojos iban del ámbar a la palidez del cetrino, hasta que eran los de un navegante muerto hace años. Entonces mirarlo era como contemplar una antigua vitrola. Extraña música la nuestra. Traslúcida y atravesada por épocas distintas.

Algo del sol, con el paso de las horas, fue dorando su piel y apenas por la cuenca de sus ojos una calavera se forjaba en el pensamiento. Se vino el día en esa brillantez ahuesada. Y no recuerdo más. Con temor aparté mis ojos de un cielo que se abría. Y así me llegó la mañana y me quedé dormido en la mesa.

¿A qué hora se fue Bernardo?

Poema de las reses

Carne lavada y tendida en los mataderos
que aún se recuerda pastando
en los labrantíos verdes
y aún se le oye rumiar como el rencoroso.

Y así continúa la vida

mientras el carnicero, hombre de los garfios,
cuelga la piel pendular de los metales, en negra
pasarela,
y de la vida que escurre
aún a temperatura del cuerpo
podría la ternera venir a mamar de la madre.

El derramamiento del sueño en la realidad.

Gérard de Nerval

Tiernamente concédele a la mañana el jardín de la casa. La luz subiendo por sus verdes no se decide entre tu memoria y la vida.

Afuera los animales del aire dependen de ti. Haces sonar una cítara al pasar tu cabello por detrás del oído y las palomas huyen en multitud de las catedrales.

Dices que la lluvia no sabe si está siendo cavilada por alguien o está sucediendo años atrás en una ciudad lejana.

Piérdete en mí. Los daños de cada uno se empañan en los ventanales y aún no se resuelve si detrás de las cortinas habrá una ciudad o un puerto para nosotros.

Conversación y desdoblamiento

Los insectos se estrellan en una muerte luminosa contra las lámparas del pórtico. Somos dos niños y en nuestro silencio conseguiremos escuchar la respiración de quien nos sueña. Quizá. No importa. Tienes tu mano en la mía y no eres la mujer de 29 con un anillo en el corazón: tus dedos están limpios y pueden atrapar cigarras o mariposas sin temor a la muerte.

No importa despertar ahora. Después tendrás tu vida y volverás a confundirte con la flora de tu jardín oriental —siempre más cercana al corazón invisible de las orquídeas que a la puntualidad de los cerezos—. Serás de nuevo una efigie de caja de música para otros. No digas nada. La noche es nuestra; somos una prolongación de la penumbra. Y en ti, por momentos, se puede escuchar cómo el mar rompe contra las piedras.

Permanezco con mi hija hecha de sombras a esta hora y princesa, a esta edad, tenue con una diadema: una media corona de filigranas falsas como un pequeño trópico a mitad de su cabeza vuelta al cielo. No la desequilibra la cúpula estrellada. Los astros la sostienen por los ojos. Nos hemos detenido justo en la medianoche —la medianoche como un meridiano para el día y los insomnes—. Apagamos las luces del vehículo y aparcamos a orillas de este lago, pero a esta hora el lago no existe o en todo caso todo es agua y nosotros caminamos sobre ella. Nos confundimos con el pescador de arenques que arroja una red al agua y apresa un Orión o una Andrómeda temblando.

IV. Destrucción de los jardines

El cuerpo de mi hija se compone
de agua y de fiebre. De madrugada
la sonrisa cumple su oscuro oficio.
A la hora del frío y del mercurio
retrocede la mano de la madre
como el mar de la bahía.
Entonces hay que poner paños húmedos.
Sobre sus flecos negros la coronan
la fiebre y el deshielo,
las coyunturas cálidas, la llaga
en el rencor por la vida.
Junto a mí, enfermo y pequeño
su cuerpo le hace de ángel y vuelve del delirio
con flores en las manos. Pienso en esos momentos
en la poesía y la alquimia
y mi hija me señala un cerro a lo lejos
colmado de pequeñas aldeas y me dice:
mira, un cementerio de barcos.

La música de las esferas

(Sobre una exposición de Nomura Hitoshi)

Decidiste filmar durante el año
el movimiento lunar y su trama,
arco al fin que puesto en el pentagrama
revela una nota en cada peldaño.

Pruebas que el movimiento de las fieras
terrenas, del mar o del aire, agrade,
se hace de acordes, altera y sucede
junto a la música de las esferas.

La Mano que retrocede ante el hielo
como ante el fuego, empuña en la escritura,
pluma y navaja por igual. Al cielo

le da las aves por añadidura,
y el cuerpo de las grullas en el vuelo
sobre las líneas de la partitura.

Jardín escrito para Gerardo Diego

Pendiendo en el umbral de un templo en ruinas,
casi jardín, hay un grabado tuyo
que dice: de este umbral, casi murmullo,
pende un verso de nadie, un sueño en ruinas.

Al tiempo mismo que una mano escribe,
otra mano más grave la antecede.
Hay un jardín o un templo escrito adrede
que al paso de los años otro vive.

Entra, hay siempre un concierto en el jardín
y una pérgola, al centro, derruida.
Sabemos que es la escala sostenida

el porche de amapolas del violín,
se va su acorde con la hiedra erguida
y el abeto es un solo de jardín.

Canción de los reyes de Oriente

Nos han cambiado en el cielo
a los tres reyes de Oriente
por las estrellas de Orión.

¿Ha de surgir desconsuelo
o saber qué mito miente,
si evangelio o constelación?

Ay, de los hombres, sin duelo
fue un día de infancia, creyente
y de fiel revelación.

Sí, nos han dado otro cielo:
donde antes reyes de Oriente
hoy la cintura de Orión.

Marzo y retrato de mujer en el bosque

El rocío del alba y el viento del mar
existen sin que nadie lo demande.

G. SEFERIS

Marzo se mueve en estos días como otro idioma
para la sangre, el día que despunta.
Le ha dado un corazón a la mirada
con el cardenal que arde entre los árboles.
Tú en un retrato, dorada a los treinta,
aún eres la que lleva el fuego robado.
Toda amapola guarda una lámpara al olfato.
La noche, por su parte, con linternas
se va quedando en el recuerdo.
Cada elemento cursa a voluntad de nadie.
Lanza entonces una piedra, me digo,
como acorde en la quietud de las aguas.
Deja puesta de nuevo la ira en los animales.
Levanta la catedral en los tigres,
la virtud en palpar su piel en sueños.

Cuídate de no estropear
el área del incendio del lenguaje.
Y aguarda tras la ventana
a la tormenta y su capacidad
de daño en la destrucción del jardín.

V. Venus pendula

Detrás de las puertas se masturbaban los esclavos frigios
cada vez que Andrómaca montaba el caballo de Héctor.

Marcial

I

La misma postura que adoptan cuando montan un caballo o una motocicleta, encorvada ligeramente hacia fuera la espina igual que un arco para las cuerdas, es la postura de Andrómaca. Muslos y talle en movimiento pasan velozmente como vinos benéficos para la sangre. No obstante, para el amor es aquí donde ponen a prueba su habilidad a la vista del otro. A todas se les conceden unos senos voluptuosos y maternales cargados de leche grávida. Arriba les llega la calma como si se viajara en góndola o se pueden violentar como si se montara, de nuevo, a un mamífero.

Se le puede besar, si se tiene en cuenta, de antemano y cerca de la turbulencia, a Baudelaire, que sabe que uno se inclina a la amada como un cadáver hacia la tumba.

II

Todas portan una máscara de calavera cuando montan a su hombre en esta postura. Así, arriba y luminosa, Artemisa de Tlalpan se da el lujo de mojarse a la luz de la luna del espejo, sin presentir la jauría de hombres entre los arbustos. El castaño de su cabello se blanquea con las lentas graduaciones de la luna. Bajo esa luz abierta, como una lámpara furiosa y natural, se está gozando de un fantasma. Sus caderas altas y sensuales le confieren un aspecto de centaura.

El paisaje se limpia de sombras. Quizá, apenas, hay dos agujas que se dilatan al centro de las pupilas en torno al ralo astral. Entonces tiene labios azules y una pluma brillante de pato que atraviesa el lóbulo de su oreja derecha. La izquierda, desnuda de toda argolla, se vuelve un fruto melancólico para dar la dentellada. Es posible el temblor glacial en el cuerpo por la cercanía con su nevado rostro, sus cabellos humeantes como el hielo, pero nada saldrá de sus labios que se templan con la esencia del arándano o la ginebra.

Los prestidigitadores del agua

I

La campana sensible o cópula blanda de la medusa marina se suspende para subir, se detiene, asciende. Cumple su labor de linterna eléctrica bajo el océano. Su cortejo sucede en cámara lenta y cuando termina lo hace luminosa bajo el semen marino. Desdeña la rapidez y la pobreza y goza de peces corpulentos y dorados. Deja al macho alimentarse de los desperdicios que se quedan entre la flora del abismo.

Las medusas tienen para el amor la docilidad del cardumen.

II

La gorgona, en cambio, se mueve por el sueño como por los auditorios. Se presenta en bulevares como actriz o cantante. Su cabeza tiene precio en los teatros. Pasea por el pensamiento de los locos que ven en ella una estrella de sanación mental. Ésta posee a ciertas horas del cuerpo dos palomas por manos. Tarde o temprano, llámese Silvia, Aurelia, Donata o Violante, se ha de seguirla, como llevados por una música de flauta, al cielo.

VI. Noche oscura del cuerpo

En cuerpos mucho tiempo unidos
la claridad grabó una espada.

Pere Gimferrer

Los ojos de los hombres del mercado
son una serpiente que sube
por el árbol de la ciencia de tu cuerpo.
Alguien ama el exterminio
que se desprende de ti cuando es una miel oscura
y cae lenta como una música o una intención
de quedarse.

Para mí es la misericordia
que me ofreces como un fruto melancólico
en noches como ésta.

En ti algo no humano tañe un instrumento
de cuerdas.

Deja caer tus miembros ardiendo como la nieve
sobre la almohada
y desnúdate como una serpiente
porque es necesario entrar en un cuerpo como
en el agua
y mi corazón es hermoso en tu carne.

Leviatana a la par de los navíos serpea
por mis sueños. A puro golpe de escama calienta
la marea.

Inclínate a sus ojos para hallar el vértigo
de los acantilados.

Palpando la piel de la penumbra se llega a ella.

También tañendo una guitarra se llega a su cuerpo.

Seducidos los labios por volver
a la leche brillante de tu cuerpo,
mi madre en esto del amor,
y no tu ausencia ni mamar de un muñón la vida.
Trae con tu espalda desnuda a mis ojos
la medianoche limpia de estrellas,
la invidencia, mas no la nada ni el poema
donde no se halla el corazón de tu cintura
ni el hombre mutilado que fui y busca
a tientas su parte enamorada,
el instrumento de cuerdas
que se trasmína por tu espinazo
porque está ensordecida la piel del hombre.

Tañe para ella unos paseos de contrabajo.
Toca con tus manos de oro la melodía
para ella que gime por las noches en su jardín
de neones
y piensa, como la vida, que cada golpe violento
de cuerdas
puede anunciar el final de la pieza.

Cuando tus labios son sangre vertida en la nieve
y tu piel se añade al cuerpo vivo de esta misma.
Cuando me destanteo en la filigrana pensando
en tu cintura,
que desciende a la manera de la nieve en mi cintura,
descubro que es mentira
que *tañendo una guitarra se llega a tu cuerpo:*
tu cuerpo empieza donde el acorde ha terminado.

Es el recuerdo que atraviesa
de una delegación a otra y pasa
frente a los edificios, las grandes estructuras,
el recuerdo que va de tus oscuros
pechos en la penumbra cuando duermes
sin elegante corsé de por medio
ni perfume veloz al aroma de las flores.
A la luz del *verano para siempre*
en el que moras, se puede ser feliz, incluso.
Volvamos a la noche oscura
del cuerpo y acaríciame el cabello
como lo harías con los enfermos.

Tú, inasible ante la mano que intenta escribirte,
ante el nombre por el cual vuelves la cabeza
como desde otra edad. Infiel a la sombra
sales desnuda de la cama y te eriges
como una columna vertebral para el día,
en esta otra parte del mundo. Sales a la terraza,
vestida apenas semejante a una aparición,
y la lluvia te toca como si fuera un pensamiento.
Ahí te alcanza un tiempo de esfinges y perfiles.
Triste y melancólica
como si toda la juventud fuera tuya
y tu cuerpo se lavara en un río,
desde hace años,
igual que los habitantes de ciertos lienzos.
Te perfilas en la veranda
con una mano en el mentón
mientras sostienes con la otra un vaso de ginebra
como un bastón para la sangre.
Sin necesidad de espectador, te logras sola
como una magia. Aquí en la memoria
esta escena se destina a repetirse

ya recargada tú en aquella terraza para siempre,
donde tu cuerpo se tiende
al natural riesgo de arder
por la desamparada estrella de ti misma.

Índice

- I. Experiencia del desencanto, 9
- II. Concierto del bosque, 25
- III. Prosa que sucede entre sueños, 43
- IV. Destrucción de los jardines, 53
- V. Venus pendula, 61
- VI. Noche oscura del cuerpo, 71

*Canciones
para adolescentes
fumando en el claro
del bosque*

Segundo semestre de 2011

Impresión

Formación Gráfica, SA de CV

Matamoros 112

Colonia Raúl Romero

57630 Ciudad Nezahualcóyotl

Estado de México

Producción

Dosfilos editores, SA de CV

Callejón del Capulín 202

98000 Zacatecas

Zacatecas

Mil ejemplares más sobrantes

Premio Nacional de Poesía
«Ramón López Velarde» 2010

Universidad Autónoma de Zacatecas